

## 6° Capítulo del Abad General para el CFM – 30.08.2012

*“Timentes Dominum (...) operantem in se Dominum magnificent – Los temerosos del Señor (...) engrandecen al Señor que obra en ellos.” (Pról. 29-30)*

Retomamos esta bella expresión del Prólogo, porque me parece importante para concebir y vivir con verdad nuestra vocación. Ayer decía que san Benito nos invita a contemplar a Dios en la obra de nuestra vida, y a contemplar esta obra magnificando y glorificando al Señor. Esto significa que el temor del Señor es una cualidad de relación con Dios que implica toda nuestra vida, que cambia la relación con toda nuestra vida y, ante todo, la relación con nosotros mismos. Para quien vive y cultiva esta cualidad de relación con Dios, en sí mismos y con todos, el temor del Señor se convierte en dilatación del corazón para engrandecer al Señor. Esta alusión evidente al Magníficat nos hace entender que la obra esencial de Dios en nosotros, como en María, es la presencia de Cristo, Cristo en nosotros que vive y crece, que se encarna para darse al mundo y salvarlo.

Tengamos presente esta frase, esta concepción del temor de Dios que ve a Dios actuando en nuestra vida, que ve a Dios en el acto de crearnos y formarnos ahora, en cada momento, y de formar en nosotros la plenitud de la vida en Cristo. Tengamos presente esta frase para que todos los aspectos y los efectos del temor de Dios que la Regla nos presenta sean siempre como un profundizar en este convertirnos en instrumentos alegres y gratos de la obra de Dios en nosotros. Veremos todo esto en el capítulo siete sobre la humildad; lo veremos en los capítulos sobre la oración: pero antes quisiera ver esto en capítulos más “prácticos”, que encarnan el temor de Dios en la vida cotidiana, porque no sería cristiano reducir el temor de Dios a una piedad, a una espiritualidad. Para san Benito el temor de Dios es para la vida, para una verdad y plenitud de vida, en todos sus aspectos, también en lo cotidiano y banal.

También la Virgen María cantó el Magníficat yendo a servir a Isabel. Me gusta imaginar que, cantando el Magníficat ha cogido en sus manos la escoba y se ha puesto a limpiar la casa, a poner el agua en el fuego para preparar la cena, etc.

Por esto, entre los personajes del monasterio para elegir a los que san Benito requiere la cualidad de poseer el temor de Dios, comienzo hoy por el cillerero, el ecónomo: la figura más práctica del monasterio.

El capítulo 31 comienza así: “Para cillerero del monasterio será designado de entre la comunidad uno que sea sensato, maduro de costumbres, sobrio y no glotón, ni altivo, ni perturbador, ni injurioso, ni torpe, ni derrochador, sino temeroso de Dios, que sea como un padre para toda la comunidad. Estará al cuidado de todo. No hará nada sin orden del abad.” (RB 31,1-4)

Para san Benito, el temor de Dios es como si fuese lo que corrige y corta toda una serie de defectos que harían del servicio a la comunidad que se pide al ecónomo, una dictadura, un robo, un disfrute egoísta de los bienes y de las personas. Sin el temor de Dios, el cillerero sería esclavo de los pecados capitales, a los que Benito hace alusión en la lista de los defectos que el cillerero no debe tener. Sería esclavo del instinto posesivo de su propio yo. En lugar de ser “como un padre para toda la comunidad”, sería un dictador corrupto, un lobo rapaz; en lugar de “estar al cuidado de todo”,

como una madre, no pensaría más que en su propio cuidado y comodidad. En lugar de preocuparse de no entristecer a los hermanos (31,6), estaría preocupado solo del propio placer. El orgullo lo llevaría al desprecio de los hermanos, de su fragilidad y exigencias (31,7.13.16).

En fin, se deduce de todo el capítulo 31 que el temor de Dios depende, en el fondo, de la humanidad nueva del cillerero, es decir, de que viva su servicio con caridad o no, dando la vida como Jesús o no.

Ahora bien, el deber del cillerero en comunidad es muy amplio. Es una responsabilidad muy pesada en relación con las personas y las cosas. San Benito la presenta como un gran trabajo, una gran empresa. Debe ocuparse de todo, pensar en todo. Humanamente es casi una obra imposible. Pero es precisamente por esto que para asumir esta responsabilidad, como tantas otras en el monasterio, el temor de Dios se hace indispensable. Se hace indispensable precisamente como actitud que abre nuestra vida a la obra de Dios en nosotros y a través de nosotros, es decir, a la gracia. En el fondo, el cillerero no puede hacer y ser todo aquello que se le pide si no en la medida en que se convierte en instrumento de Dios, si no en la medida en la que se abre a la obra de Dios en él y a través de él. No olvidemos la frase del Prólogo: “Los temerosos del Señor (...) engrandecen al Señor que obra en ellos” (Pról. 29-30).

En el capítulo sobre el cillerero es como si Jesús dijese a Marta, atareada por todo y todos, que a todo lo que le hace le falta solo una cosa: que lo haga Dios en ella y a través de ella, que haga su trabajo como obra de Dios y no como obra suya, que viva como instrumento de Dios y no para su propia gloria. Entonces, en lugar de lamentarse, también ella podrá “engrandecer al Señor que obra en ella”. Y esta conciencia, esta disposición, le permitirá hacer “cosas grandes” (Lc 1,49), porque serán obras de Dios.

San Benito subraya este aspecto para el cillerero en términos eucarísticos: “Considere todos los objetos y bienes del monasterio como si fueran los vasos sagrados del altar” (31,10). El ecónomo, precisamente en virtud del temor de Dios que reconoce la obra de Dios a través de él, vive conscientemente el sacerdocio bautismal, de modo que en todo lo que hace se haga presente Cristo, como en la Eucaristía.

San Benito concentra todas estas instrucciones sobre la figura del cillerero, pero lo que dice para él vale para todos, para cada uno en su pequeño o gran desempeño en la comunidad. Es esencial para todos vivir en el temor de Dios en su propia ocupación, para estar libres de la tendencia del pecado y poder vivir en todo magnificando a Dios más que a uno mismo, porque este es el secreto de la alegría en todo.

Me doy cuenta que en todas las comunidades monásticas del mundo, la tentación más grande para los monjes y las monjas no es contra la castidad, contra la pobreza, u otras cosas, sino la tentación contra la humildad, es decir, la tentación del orgullo y del poder, que es la tentación y el pecado que han hecho caer a los ángeles, y a Adán y a Eva. San Benito pide al cillerero y a todos luchar contra esta tentación, que envenena todo lo que hacemos, cultivando el temor de Dios que glorifica al Señor en lugar de a nosotros mismos.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist*